

LA HISTORIA INTELECTUAL DE HISPANO-AMERICA EN EL SIGLO XVIII¹

I. *Introducción*

El foco del presente ensayo historiográfico, necesariamente breve, es la Ilustración del siglo XVIII. La Ilustración fue, en este siglo, el tema central de los pensadores hispano-americanos más importantes y de los pensadores extranjeros que dedicaron atención a Hispanoamérica; y, desde entonces, las distintas maneras de considerar la Ilustración han influido radicalmente sobre la interpretación de la historia intelectual de Hispanoamérica en el siglo XVIII.

Ninguna persona enterada pretenderá que la Ilustración es la única corriente de pensamiento en ese siglo. Por el contrario, hay razones para sospechar que la importancia de su papel resultará menor de lo que se creía, una vez que el asunto se someta al estudio sistemático y atento que tanta falta sigue haciendo.

Algunas de las limitaciones del papel desempeñado por la Ilustración se han señalado ya en obras eruditas, de índole bastante general, publicadas en las dos últimas décadas. He aquí tres ejemplos, tomados un poco al azar: C. H. Haring ha observado que "el impacto de las ideas extranjeras [sobre la Hispanoamérica del siglo XVIII] fue más perceptible en el campo de la filosofía y de la ciencia", mientras que "la producción literaria de las colonias parece haber sufrido una de-

¹ Estudio presentado al X Congreso Internacional de Ciencias Históricas, reunido en Roma del 4 al 11 de septiembre de 1955 y publicado ahora en español, con diversas adiciones, previo permiso de la Directiva del X Congreso.

cadencia". Pedro Henríquez Ureña afirma que la tradición barroca persistió en Hispanoamérica hasta fines de la época colonial, mucho tiempo después de haber desaparecido en España, y que, a pesar de que "los hombres más destacados de nuestro «siglo de las luces» fueron hombres de ciencia y eruditos de corte auténticamente moderno", "muy rara vez llegaron a una generalización teórica comprensiva", pues se limitaron a hacer "contribuciones a la ciencia descriptiva". Finalmente, Luis Alberto Sánchez dice que uno de los fenómenos más interesantes de la segunda mitad del siglo XVIII es un hecho que no tiene ninguna conexión necesaria con la Ilustración, a saber, la "insurgencia del criollo" tal como se manifiesta en el auge del teatro, del periodismo y de la poesía picaresca. Otras limitaciones son indicadas por algunos de los estudios, más detallados, que adelante examinaremos. Sin embargo, incluso obras generales como las tres que acabamos de señalar pertenecen a la historiografía de la Ilustración y nos dan un apoyo más para elegir esa corriente intelectual como piedra de toque de nuestro ensayo.

El lector deberá tener en cuenta que en estas páginas nos ocupamos sólo de tendencias historiográficas, y que, debido a las limitaciones de espacio, atendemos preferentemente a los estudios históricos escritos por hombres de la última generación en las tres zonas geográficas que han producido la mayor parte de obras importantes sobre el asunto, es decir, Hispanoamérica, España y los Estados Unidos.

He aquí otras aclaraciones, puramente negativas. De ninguna manera pretendemos hacer un ensayo bibliográfico. No mencionaremos sino muy pocas obras particulares, y esto con el único objeto de ilustrar determinadas tendencias. Por otra parte, señalamos muy rápidamente o pasamos en silencio dos grupos de temas: 1) aquellos aspectos de la Ilustración que se refieren a las reformas de los Borbones y al movimiento de independencia, los cuales son estudiados en las secciones de este informe preparadas por los señores Ots Capdequí y Humphreys; y 2) ciertas cuestiones periféricas, como por ejemplo la historia del arte y de la medicina, sobre las cuales

se han escrito muchos estudios interesantes en la última generación, pero que no podremos examinar adecuadamente aquí por falta de espacio.

II. *Consideraciones generales*

El lector, en este punto, tiene derecho a una formulación de ciertas consideraciones generales acerca de la historiografía de la Ilustración en su sentido más amplio. Estas consideraciones servirán como de armazón para el estudio particularizado de su aspecto hispanoamericano, que expondremos más adelante. El siguiente esbozo tiene que ser por fuerza sumamente escueto, pero confío que será lo bastante explícito para dejar satisfecho al lector en este particular.

Como toda historiografía es una rama de la historia del pensamiento, la evolución de la manera de escribir la historia de la Ilustración o de alguna de sus fases—entre ellas la fase hispanoamericana—ha seguido más o menos estrechamente los cambios sucesivos de clima intelectual del mundo atlántico (esto es, la Europa occidental y América) desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Cada etapa se ha caracterizado por un conjunto generalmente aceptado de juicios de valor y por un cuerpo de conceptos o definiciones de la Ilustración. Sin embargo, también en cada etapa ha habido notables desviaciones de la norma, debido a razones nacionales, religiosas o de otra índole.

Podemos distinguir tres etapas principales en la historia de la historiografía en torno a la Ilustración. Por comodidad, las llamaremos simplemente siglo XVIII, siglo XIX y siglo XX, pero sin tomar a la letra tales designaciones, puesto que, para España e Hispanoamérica cuando menos, el siglo XVIII se extiende hasta cerca de 1810, y para casi todo el mundo atlántico el siglo XIX termina en 1914.

La época de la Ilustración estableció ideas y juicios de valor que influyeron poderosamente sobre las subsiguientes generaciones de historiadores; sin embargo, no apareció en esa época prácticamente ningún escrito histórico bien trabado

y consciente acerca de ella misma. Una excepción rarísima es la breve pero vívida descripción de las reformas borbónicas en España que leemos en la trascendental *Historia de América* de William Robertson, uno de los dos fundadores de la escuela moderna de historia hispanoamericana (el otro es el español Juan Bautista Muñoz). Robertson fue igualmente una *rara avis* entre sus contemporáneos —prescindiendo de los españoles— al rechazar el mito del “buen salvaje” y, con él, una gran parte de la “leyenda negra” en torno a la injusticia y la crueldad españolas. Por lo demás, antes de que el tiempo proporcionara la perspectiva que la mayor parte de los historiadores deseaban, el estallido de la Revolución francesa y las largas guerras que vinieron tras ella hicieron que el interés y la simpatía se trasladaran a otros temas, o, si no, pervirtieron a la Ilustración revistiéndola de la función teleológica a que luego nos referiremos.

El siglo XIX desarrolló al comienzo una tenaz repugnancia por la Ilustración. Y los historiadores coincidieron de tal modo con el espíritu de su tiempo, que este siglo no produjo ningún estudio sobre la Ilustración que pueda compararse con los grandes estudios de Jakob Burckhardt (escritos entre 1860 y 1870) acerca del Renacimiento italiano. Cuando alguna vez se interesaban por la Ilustración, la veían con simpatía, aunque hay notables excepciones, por ejemplo la del ilustre erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo. Desgraciadamente, la dirección del interés de esos historiadores estaba determinada por el hipnótico efecto de la Revolución francesa, y también —en el caso de los historiadores de Hispanoamérica— por el de las guerras hispanoamericanas de independencia. En este último caso, el esquema venía a quedar reforzado por el prestigio que gracias a estas guerras adquirió la “leyenda negra”.

Por todo ello, los historiadores del siglo XIX, en ambos lados del Atlántico, dieron a la Ilustración un tratamiento que podemos llamar teleológico, pintándola simplemente como preparación para las distintas revoluciones políticas. El fruto de semejante actitud fue, naturalmente, un concepto

estrecho y torcido de un movimiento tan rico y variado como es la Ilustración. No hace falta demostrar esto aquí, pero sí debemos llamar la atención sobre el hecho de que el error no se corrigió sino en el presente siglo, y gracias, en primer lugar, a algunos historiadores de la fase hispanoamericana de la Ilustración. (Sin embargo, en cuanto a esta misma fase, la tarea de rectificación no ha llegado todavía a su término).

El siglo xx ha estado señalado por un cambio radical y amplísimo en la interpretación histórica de la Ilustración, a uno y otro lado del Atlántico. El cambio se debió a una compleja combinación de factores que a veces se contradecían mutuamente. Uno de ellos fue otra nueva alteración del clima intelectual general en la dirección de lo que Crane Brinton ha descrito como culto del "anti-intelectualismo", tendencia mal llamada así, según él, "pero quizá irreparablemente". El nuevo culto representaba una reacción contra las ideas del siglo xix, como por ejemplo las teorías de Evolución y Progreso, y por lo tanto tendía a rescatar a la Ilustración del menosprecio que había sufrido en el siglo xix y a fomentar su estudio por lo que era en sí misma, y no ya por su simple papel de preparación para las revoluciones políticas de fines del siglo xviii y comienzos del xix.

Sin embargo, el nuevo anti-intelectualismo no significaba una exaltación de la Ilustración, la cual fue tan "intelectualista" como el siglo xix, aunque de manera distinta; así, pues, los historiadores del siglo xx se han colocado frente a la Ilustración en una actitud más amplia que la de sus predecesores, pero también la han estudiado en forma más crítica y a la luz de juicios de valor menos favorables. En cuanto a su fase hispanoamericana, esta tendencia estaba fortalecida por la reconciliación cultural entre España e Hispanoamérica que se consumó a comienzos del siglo y que ha debilitado en gran medida el prestigio de la "leyenda negra" entre los historiadores hispanoamericanos. En consecuencia, los ha hecho más dispuestos a compartir aquella actitud crítica frente a ciertas fases importantes de la Ilustración que tan hondamente arraigada ha estado en España desde el siglo xviii hasta nuestros

días. Una expresión un tanto vehemente, pero en todo caso típica de la nueva actitud en Hispanoamérica es la caracterización que hace el mexicano José Vasconcelos cuando llama al “déspota ilustrado” Carlos III “un traidor”, y “bastardos” a sus admiradores.²

Como fruto del estudio más amplio y profundo de la Ilustración por lo que es en sí misma, han aparecido tres exégesis de su fase europea que, aunque poco o nada digan acerca de su fase hispanoamericana, son indispensables para estudiar ésta adecuadamente. Por una curiosa coincidencia, dos de esas exégesis, aunque escritas en forma independiente, aparecieron en el mismo año, 1932. Nos referimos al libro de Ernst Cassirer, *Die Philosophie der Aufklärung*, y al de Carl Becker, *The Heavenly City of the Eighteenth-Century Philosophers*. El tercero es el libro de Paul Hazard, *La pensée européenne au XVIIIème siècle*, publicado en 1946.

Desde el punto de vista de la ayuda concreta que prestan a los estudiosos de la fase hispanoamericana, estas tres obras difieren bastante a causa de sus diferentes modos de enfocar el problema de la Ilustración. La de Becker está llena de fecundas sugerencias, particularmente a propósito de la atención que a fines del período de la Ilustración se concedía al fomento de los conocimientos útiles, lo cual es tan válido para Europa como para Hispanoamérica y los Estados Unidos. El análisis de la Ilustración en el libro de Cassirer, más sistemático y exhaustivo, emancipa a esta época de su servidumbre a las revoluciones políticas y proporciona esa autorizada exposición de criterios que tanta falta hace a los estudiosos de su fase hispanoamericana. De las tres partes del libro de Hazard, las más útiles para la fase hispanoamericana son la primera, en la cual sostiene —contra la tendencia de muchas exégesis históricas anteriores— que la Ilustración no fue simplemente anticlerical, sino anticristiana, y la tercera, que ofrece los medios de corregir la inveterada tendencia de los historiadores de

² JOSÉ VASCONCELOS, *Breve historia de México*, 3ª ed., México, 1937, pp. 261-263.

la fase hispanoamericana a reunir indiscriminadamente todas las ideas y todos los pensadores de la Ilustración como si formaran un conjunto armonioso y continuo.

III. *Corrientes historiográficas en España, Hispanoamérica y los Estados Unidos*

Los más recientes investigadores del ámbito hispanoamericano de la Ilustración se han servido en mayor o menor medida de las inestimables guías proporcionadas por Cassirer, Becker y Hazard, pero gran parte de la tarea en este sector está aún por hacerse, o es preciso hacerla de nuevo. El progreso que se ha conseguido podrá verse mejor mediante un examen basado en las diferenciaciones que el tenaz nacionalismo de los siglos XIX y XX ha llevado a cabo aun en la historiografía de un tema tan internacional como es la Ilustración. En este examen, forzosamente breve, se cargará el acento sobre los escritos históricos del último cuarto de siglo.

España

La historiografía española de la Ilustración ha seguido reflejando la división de opiniones que sobre ese tema existía en España durante el siglo XVIII. Como es bien sabido, ciertos aspectos del movimiento fueron vigorosamente defendidos en esa época por escritores como el Padre Feijóo, Antonio de Ulloa y Gaspar Melchor de Jovellanos, y los aspectos relacionados con el fomento de los conocimientos útiles fueron alentados por la Corona y sus ministros, como Aranda, Florida-Blanca y Gálvez, particularmente durante el reinado de Carlos III.

Por otra parte, ciertos aspectos de la Ilustración tropezaron con una obstinada resistencia en España. El ejemplo más notable es quizá el culto del "buen salvaje" (llamado incluso "noble salvaje"). Para la mayor parte de los españoles del siglo XVIII, era éste un culto sumamente peligroso, pues la exaltación del salvaje solía ir vinculada con un ataque contra España por el mal trato que, según se afirmaba, había dado

ésta a los "nobles" indígenas de América desde los días del descubrimiento y la conquista; era natural que ese ataque vigorizara en gran medida la "leyenda negra". Así, pues, la mayoría de los buenos españoles rechazaron la idea de semejante culto. Y, como tan a menudo sucede en esos casos, los españoles ampliaron su contraofensiva hasta el punto de rechazar toda crítica pública de la obra de España en América. En consecuencia, como ha observado recientemente Sánchez Alonso, hasta la *Historia del Nuevo Mundo* de Juan Bautista Muñoz, obra erudita y además oficial, publicada a fines del siglo, dio origen a "vehementes polémicas" a causa de sus comentarios críticos sobre los primeros conquistadores, atribuidos, naturalmente, a la influencia de los filósofos del siglo XVIII.³

Las reservas españolas acerca de la Ilustración adquirieron mayor fuerza por el hecho de que, en el espíritu de muchos españoles, las corrientes ilustradas acabaron por identificarse con el régimen del "rey intruso" José Bonaparte y con los "afrancesados" que le dieron apoyo. Esta experiencia contribuye a explicar asimismo por qué la historiografía española más tardía ha seguido aferrada a un punto de vista estrecho, interpretando la Ilustración, en muy gran medida, como si se tratara sólo de un fenómeno francés, y por qué, hasta época muy reciente, no ha sabido apreciar su amplitud y su hondura como movimiento internacional, que es lo que se pone de manifiesto, luminosamente, en el libro del historiador alemán Cassirer, arriba mencionado. En grados diversos, esta interpretación caracteriza a una larga serie de obras españolas que difieren muchísimo en sus juicios de valor sobre la Ilustración. Veamos algunos ejemplos. Menéndez y Pelayo, en sus *Heterodoxos españoles*, hablando en términos desfavorables, identifica de manera significativa la Ilustración con el "enciclopedismo" y considera a sus partidarios españoles como "heterodoxos" y, por lo tanto, como malos españoles. Rafael Altamira se expresa de manera favorable en su *Historia de la*

³ B. SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la historiografía española*, vol. III, Madrid, 1950, p. 258.

civilización española; su más notable contribución sobre este particular, o sea el estudio de las agrupaciones eruditas del tipo de las "Sociedades de Amigos del País", presenta a estas sociedades como una extensión de la influencia francesa. Antonio Ballesteros y Beretta, en su *Historia de España*, mantiene un punto de vista bastante neutral. En época más reciente, la misma interpretación fue aplicada desde un ángulo distinto en el libro de Salvador de Madariaga *The Rise of the Spanish Empire* (1947), donde leemos (pp. 216-218): "Siglo intelectualista [el XVIII], pierde contacto gradualmente con el rico suelo de la nación [española]... España ya no se fiaba de su propia sustancia, como en otros días. Si vivía confiada y se sentía fuerte, era porque se sentía capaz de aprender todas esas nuevas artes y formas de vida que venían del extranjero".

Hay todavía muchas lagunas en la historiografía española de la Ilustración, aun en la que se refiere a su fase española. No sólo no existe todavía un estudio completo y a fondo sobre el particular, sino que son hispanistas extranjeros los que han acometido la empresa de estudiar ciertos aspectos importantes, como se ve, por ejemplo, en el libro del investigador francés G. Delpy sobre *L'Espagne et l'esprit européen: l'oeuvre de Feijóo, 1725-1760*, publicado en 1936.⁴

En cuanto a la fase hispanoamericana, las lagunas son más extensas aún; cualesquiera que hayan podido ser las razones, el hecho es que esta fase no ha atraído sino contadas veces a los historiadores españoles. No obstante, la han iluminado, indirectamente, en varios sentidos; y esto, desde luego, mediante sus estudios de la fase española, puesto que España fue uno de los principales canales a través de los cuales llegó la Ilustración a Hispanoamérica, muchas veces con un tinte español. Podríamos citar, como ejemplos, una larga serie de libros y artículos, desde el libro de Novo y Colson (publicado hace ya setenta años) sobre la misión de Malaspina,

⁴ En el momento de redactar este artículo todavía no llegaba a mis manos el importante libro de J. SARRAILH, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIIIème siècle*, París, 1954.

pasando por los estudios sobre las Sociedades de Amigos del País, debidos a Altamira y a otros, hasta llegar a la reciente edición de la *Memoria de gobierno* del virrey Amat, con una introducción histórica por Vicente Rodríguez Casado y Florentino Pérez Embid.

Los historiadores españoles han contribuido también a la tarea de identificar los rasgos distintivos de la Ilustración en España, tarea que todavía dista mucho de estar concluida. En un artículo muy reciente, Vicente Rodríguez Casado y Vicente Palacios Atard distinguen entre el despotismo ilustrado en España y en otros países: "Si el monarca del despotismo ilustrado —dicen— está lleno de la filosofía de la Ilustración. . . , hay que declarar sin rodeos que en España no hay despotismo ilustrado"; y, entre otras cosas, aducen el argumento de que Carlos III protegió el culto de la Virgen María, considerado por los Filósofos como grosera superstición.⁵ Se podría discutir la validez de este raciocinio, pero, en todo caso, semejante refinamiento en el análisis es un paso dado en la buena dirección.

Un hispanista francés, Marcel Bataillon, es quien ha dado otro paso en ese sentido al observar que en la España del siglo XVIII surgió una especie de humanismo, si bien fue un "humanismo profundamente moderno, a base de pensamiento francés". Una vez más, observamos aquí la tendencia a presentar a Francia como la única fuente de la Ilustración en el Imperio español. Hubo, desde luego, fuentes distintas de Francia, por ejemplo Alemania y otros países del Norte de Europa, hacia el final del período. Es un tanto sorprendente que se haya prestado tan poca atención a estos países si pensamos en Alexander von Humboldt y en el enorme prestigio de que gozó en todo el mundo europeo-americano durante la primera mitad del siglo XIX, prestigio que adquirió, fundamentalmente, a causa de sus trabajos en Hispanoamérica, bajo auspicios españoles y en el espíritu de la Ilustración.

⁵ VICENTE RODRÍGUEZ CASADO, "La política interior de Carlos III", en *Simancas: Estudios de Historia Moderna*, Valladolid, 1950, pp. 123-186, donde se cita un artículo de Vicente Palacios Atard.

Hispanoamérica

La historiografía de cada uno de los países hispanoamericanos tiene su propia individualidad; sin embargo, en la mayoría de los casos pueden distinguirse ciertos rasgos comunes en un momento dado, comenzando con el período de la independencia. Como hemos hecho antes, y sin pretender tampoco llegar a una precisión de fechas, podemos dividir este período en siglo XIX y siglo XX.

En lo que se refiere a la Ilustración, la historiografía hispanoamericana del siglo XIX estuvo caracterizada por dos rasgos. En primer lugar, debido a las razones que ya hemos señalado, la "leyenda negra" propagada por la Ilustración gozó aquí de prestigio casi universal hasta finales del siglo. En segundo lugar, con muy contadas excepciones, como la de José Toribio Medina, los historiadores hispanoamericanos se limitaron en gran medida a la historia de sus respectivas naciones, incluso cuando se ocupaban del período colonial o de temas políticos y militares, particularmente los relacionados con el movimiento de independencia y la formación de los nuevos estados.

La combinación de esas dos características hizo que su modo de ver la Ilustración fuera no sólo fragmentario, local, episódico, y parcial en contra de España, sino sobre todo teleológico, con la independencia política como meta. Estos rasgos resaltan muy pronunciadamente hasta en la *Historia jeneral de Chile* de Diego Barros Arana, uno de los mejores historiadores hispanoamericanos de la época, y uno de los más amplios y generosos en sus juicios. Por ejemplo, la actitud que mantiene en conjunto a lo largo de un capítulo de noventa páginas sobre el "Desarrollo de la ilustración i de la enseñanza" (tomo VII, 1886) queda resumida en el título de una de sus secciones: "Ignorancia jeneral creada i mantenida a la sombra del réjimen colonial". Evidentemente, nunca se le ocurrió a Barros Arana averiguar si sus autoridades eran dignas de crédito, ni tampoco comparar a las universidades hispanoamericanas con las europeas de la misma época.

En el siglo xx ha habido una revisión concienzuda de los criterios hispanoamericanos en el tratamiento de la Ilustración. Los resultados difieren bastante de un país a otro, y aun de un autor a otro del mismo país, pero se puede hablar de cuatro rasgos comunes que caracterizan a la mayoría. En primer lugar, el prestigio de la "leyenda negra" se ha derrumbado por una reacción favorable a España. En segundo lugar, se ha conseguido algún progreso en la tendencia a emancipar a la Ilustración de su servidumbre teleológica con respecto al movimiento de independencia política, y asimismo en el esfuerzo de explorar sus aspectos no políticos. En tercer lugar, los historiadores hispanoamericanos han adoptado la revaloración general de la Ilustración, quizá como reacción contra el anti-intelectualismo de los cincuenta años anteriores, o bien por otros motivos. Finalmente, una perspectiva más amplia ha venido a suplantar, en considerable medida, al nacionalismo o patrioterismo del siglo xix.

En ejemplo particularmente impresionante de ese cambio nos lo da el contraste entre Barros Arana y un compatriota suyo del siglo xx, Francisco A. Encina, quien ha escrito asimismo una historia de su país en varios volúmenes. Las muchas páginas que Encina consagra a la Ilustración ofrecen, en varios puntos cruciales, un tratamiento diametralmente opuesto al de Barros Arana, por ejemplo a propósito de la "leyenda negra" y de la influencia de la Ilustración en Hispanoamérica. Así, Encina nos dice acerca del primero de esos puntos: "Cumpliendo los mandatos del despotismo ilustrado, los reyes, a partir de Carlos III, pusieron gran empeño en fomentar la ilustración en sus colonias de América. La más honrosa página del gobierno de Godoy es su empeño en difundir la cultura de España en sus posesiones". Y en cuanto al segundo punto, al hablar de "la Enciclopedia y... las obras de los filósofos franceses del siglo xviii", afirma que "las personas capaces de leer y asimilar estas obras se contaban con los dedos de las manos en los países americanos; y la influencia que podían ejercer sobre la gestación de la idea de la indepen-

dencia era nula, delante de los factores que realmente venían incubando el proceso revolucionario”.⁶

Aunque todavía no se ha escrito en Hispanoamérica ningún estudio exhaustivo sobre la Ilustración en esta parte del mundo, los historiadores hispanoamericanos han contribuido mucho a ensanchar el tratamiento de problemas particulares de la Ilustración, haciéndolo pasar de una perspectiva local a una perspectiva continental, y también se han preocupado por relacionar las fases locales con sus antecedentes europeos. El primer hecho se ve claramente en varias obras del prolífico historiador Carlos Pereyra, y en la preciosa monografía de José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española* (Buenos Aires, 1940), que, aunque no se refiere de manera especial a la Ilustración, contiene importantes informaciones sobre ella. Ejemplos de lo segundo son el estudio sobre José Celestino Mutis que ahora lleva a cabo Guillermo Hernández de Alba, a base de una minuciosa investigación realizada en España, y el libro de José Ingenieros sobre *La evolución de las ideas argentinas* (1937). Esta última obra es notable por la manera como analiza los elementos del trasfondo europeo de la Ilustración que fueron más especialmente importantes en la Argentina. Las conclusiones del autor sobre este particular nos ofrecen un ejemplo de cómo se han ensanchado los conceptos hispanoamericanos acerca de la Ilustración, pues de las tres obras europeas que le parecen más importantes en la fase argentina (el *Contrato social* de Rousseau, las *Máximas generales de economía política* de Quesnay y el *Tratado de las sensaciones* de Condillac), sólo la primera es fundamentalmente política, y las otras dos se refieren, respectivamente, a la economía y a la filosofía.

Sin embargo, los aspectos políticos de la Ilustración han seguido provocando gran interés entre los historiadores hispanoamericanos, como lo demostrará la siguiente ojeada a

⁶ FRANCISCO A. ENCINA, *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, vol. V, Santiago, 1946, pp. 545 y 547.

algunas investigaciones importantes realizadas en años recientes.

En primer lugar, podemos observar que, pese a su excelencia desde otros puntos de vista, incluso la obra de Torre Revello, *El libro, la imprenta. . .*, antes mencionada, se adhiere al tratamiento tradicional de la Ilustración como una simple antesala de la lucha de independencia. Esta actitud aparece claramente casi todas las veces que se refiere al asunto, como cuando cita con aprobación el juicio de José de la Riva Agüero, según el cual el célebre *Elogio* del virrey Jáuregui, por José Baquijano y Carrillo, fue "el remoto anuncio de la Independencia" (p. 113), o cuando vincula "las obras de los filósofos y enciclopedistas franceses" con "las ansias de independencia" (p. 126) o, finalmente, cuando en el capítulo de conclusión dice que esas mismas obras fueron leídas por "los precursores de la independencia. . . con ansias de construir nuevos moldes gubernativos, para regir con independencia el destino de sus pueblos" (p. 233).

Otros autores recientes, sin embargo, han visto con distintos ojos el problema. Por una interesante coincidencia, en un mismo año, 1947, aparecieron tres estudios independientes—escritos respectivamente por un historiador argentino, Ricardo Levene, uno mexicano, Silvio Zavala, y uno español, Manuel Giménez Fernández—que desarrollan el mismo tema, a saber: la importancia de las ideas tradicionales españolas y católicas, en comparación con las de los *philosophes*, para el auge del movimiento hispanoamericano de independencia.⁷ Como este movimiento es el tema de la sección del presente informe encomendada al profesor Humphreys, sólo haré unas breves observaciones: Levene identifica como "escolástica" la doctrina según la cual la soberanía recae en el pueblo durante un interregno, y define como básicamente española la aplicación de esa idea a través de la convocación del "cabildo abierto"; Zavala llama asimismo la atención sobre la afinidad

⁷ RICARDO LEVENE, *Historia de las ideas sociales argentinas*; SILVIO ZAVALA, *La filosofía política en la conquista de América*; MANUEL GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, *Las doctrinas populistas en la Independencia de Hispano-América*.

existente entre las ideas hispanoamericanas del siglo XVIII y los "principios escolásticos", aunque de ninguna manera excluye "el racionalismo de la época"; y Giménez Fernández sostiene que lo que suministró la base doctrinal de la insurgencia americana no fue precisamente el *Contrato social* de Rousseau, sino la doctrina suareciana de la soberanía popular, que a su vez procede de la teoría tomista del poder civil.

El resultado concreto de estos estudios ha sido reducir considerablemente la importancia que antes se concedía a la Ilustración europea como factor ideológico en la independencia de Hispanoamérica. Este resultado merece una cordial acogida, puesto que contribuye al estudio adecuado de la Ilustración por lo que fue en sí misma.

En 1954 un historiador colombiano, Leopoldo Uprimny, desarrolló este mismo tema aplicándolo especialmente a la historia de su patria, pero en términos distintos y con distintos resultados. Su estudio podrá apreciarse mejor si nos fijamos en el marcado contraste que ofrece con otro publicado apenas una década antes por un compatriota suyo, el ya desaparecido Nicolás García Samudio.⁸ Este último sigue a Altamira y a otros cuando describe a la Ilustración (término que él emplea de manera intercambiable con el de "despotismo ilustrado") como un movimiento multiforme y complejo hecho no sólo de tendencias revolucionarias, sino también conservadoras; observa que su influencia varió considerablemente según los distintos países hispanoamericanos; pero, con todo, el aspecto de la Ilustración que pone más de relieve es su contribución al movimiento de independencia.

Uprimny adopta un punto de vista diametralmente opuesto. Limitando su estudio a Colombia, sostiene que, si "el pensamiento enciclopedista" y "las ideas de 1789" contribuyeron al movimiento de independencia en ese país, fue sólo en el sentido de que provocaron entre su aristocracia criolla una reacción conservadora contra la "triple revolución"

⁸ LEOPOLDO UPRIMNY, "¿Capitalismo calvinista o romanticismo semi-escolástico de los próceres de la independencia colombiana?", en la revista *Universitas* de Bogotá, núm. 6, 1954, pp. 87-148; NICOLÁS GARCÍA SAMUDIO, *Independencia de Hispanoamérica*, México, 1945.

—política, religiosa y moral— que aquel pensamiento y aquellas ideas habían llevado a cabo en España a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Al revolucionar de este modo la opinión generalmente aceptada acerca del papel de la Ilustración en el movimiento de independencia hispanoamericana, el estudio de Uprimny señala la culminación de una corriente historiográfica que se había iniciado muchos años antes. Por ejemplo, en la misma Colombia, como él mismo observa, esa corriente ya había tenido un precursor, por lo que se refiere a la influencia del pensamiento escolástico, en un libro de Monseñor Rafael N. Casquilla publicado en 1907; y en la misma influencia habían insistido con mayor amplitud los tres estudios de 1947 arriba mencionados. No obstante, la tesis de Casquilla no había recibido una aceptación general, y, de hecho, otro historiador colombiano, Alfonso López Michelsen, había publicado muy poco antes un libro que rastreaba los orígenes ideológicos de los movimientos de independencia (tanto en Hispanoamérica como en los Estados Unidos) a través del pensamiento de la Ilustración, hasta encontrar su raíz en el "calvinismo capitalista".

Evidentemente, no podemos detenernos aquí en la cuestión de si la reinterpretación de Uprimny es válida para Colombia, ni tampoco si se la puede extender a toda Hispanoamérica. Sin embargo, no será inoportuno observar que, cuando menos, hace más comprensible uno de los más graves problemas de la historia intelectual de Hispanoamérica en el siglo XVIII: el doble problema del papel de los jesuitas en Hispanoamérica y de la reacción hispanoamericana ante su expulsión en 1767.⁹

Sobre el problema de los jesuitas han arrojado nueva luz algunas de las muchas e importantes contribuciones a la historia del pensamiento del siglo XVIII realizadas en la década pasada por historiadores mexicanos, especialmente por los que

⁹ Debo mencionar aquí una importante monografía, que llegó a mi conocimiento después de terminado el presente ensayo: el libro del P. MIGUEL BATLLORI, S. J., *El Abate Viscardo: historia y mito de la intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica*, Caracas, 1953.

tienen o han tenido relación con los seminarios de historia y de filosofía del Colegio de México. Dos de esos estudios aparecieron casi simultáneamente en 1948: *La introducción de la filosofía moderna en México*, por Bernabé Navarro, y *El misionismo y la modernidad cristiana en el siglo xviii*, por Pablo González Casanova. Este último no da importancia al papel de los jesuitas, sino que se refiere a ellos al mismo tiempo que a los demás participantes en el conflicto mexicano entre el "misionismo" (el odio de las novedades) y la "modernidad cristiana" de los reformadores moderados. Navarro, en cambio, centra su estudio en torno a los jesuitas, a quienes atribuye la introducción sistemática de la "filosofía moderna" en México. Una particularidad notable de este libro es su utilización de una fuente de nuevo tipo: el *cursus philosophicus*, especie de libro de texto preparado por el maestro para sus alumnos.

La significación historiográfica de estos dos libros ha sido inteligentemente comentada por otros investigadores mexicanos. Reseñando el de Navarro, Antonio Alatorre hace una distinción que a muchos de los estudiosos de la historia de la Ilustración se les escapa con demasiada frecuencia. Los "hombres ilustrados" del siglo xviii mexicano, objeto Alatorre, no eran en realidad filósofos, sino simples expositores del "enciclopedismo ilustrado". La elaboración filosófica, prosigue, la tomaban ya hecha, y era una filosofía esencialmente escolástica: se hallaba a medio camino entre el escolasticismo tradicional de la Edad Media y el neo-escolasticismo moderno, que sigue siendo, en lo fundamental, aristotélico y tomista.

Una cuestión de suma importancia para el tema del presente artículo fue suscitada por Leopoldo Zea en su reseña del libro de González Casanova, que él compara con el de Monelisa Lina Pérez-Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo xviii en México a través de los papeles de la Inquisición* (1945), producto asimismo del Colegio de México. Esta última obra, observa Zea, presenta al México del siglo xviii como campo de batalla en que se continúa el viejo conflicto europeo entre cristianismo y modernidad, mientras que González Casanova define la lucha mexicana en términos total-

mente distintos, como conflicto entre "misonéismo" y "modernidad cristiana". Suscribiendo este último punto de vista, Zea sostiene que es válido no sólo para México, sino también para el resto de Hispanoamérica, y que la Hispanoamérica del siglo XVIII difería fundamentalmente de Europa en este respecto. Es posible que muchos tengan sus reservas sobre semejante modo de ver (como las tiene quien esto escribe), por parecerles que la diferencia entre Hispanoamérica y Europa (o entre Hispanoamérica y los Estados Unidos, que en el caso lo mismo da) era una diferencia de grado más bien que de especie. Sea como fuere, el resultado de todos estos estudios—el libro de González Casanova y la glosa de Zea, junto con el libro de Navarro y la crítica de Alatorre—ha sido una buena ayuda para una de las más esenciales tareas en el campo examinado en el presente artículo: la de depurar y afinar el análisis de la Ilustración en Hispanoamérica.

Los Estados Unidos

Apenas en la última generación comenzó a prosperar en los Estados Unidos el estudio sistemático de la fase hispanoamericana de la Ilustración. Y aun en nuestros días, los resultados no son muy impresionantes por su volumen, aunque quizá pudiera decirse un poco más en cuanto a su calidad.

Los historiadores norteamericanos del siglo XIX se interesaron primordialmente por la época del Descubrimiento y la Conquista, y muy poco fue lo que se ocuparon de las fases de la historia hispanoamericana durante el siglo XVIII. La principal excepción, *The Inquisition in the Spanish Dependencies* de Henry C. Lea (producto típico del siglo XIX, aunque publicado después de 1900) no es de mucha importancia. El autor, que era ante todo un medievalista, tomó gran parte de sus informes sobre el asunto de los libros de José Toribio Medina, y muchas de sus ideas guiadoras se conforman simplemente a la "leyenda negra". Así, pues, su libro no contribuye sino muy poco a esclarecer las cuestiones relativas al papel de la Inquisición con respecto a la Ilustración, que son las que interesan a la actual generación de historiadores.

En las tres primeras décadas de este siglo, la atención a la historia latinoamericana arraigó firmemente en las universidades de los Estados Unidos. Las investigaciones, cada vez más numerosas, que realizaron los estudiosos de esa historia estaban consagradas en gran parte a la Hispanoamérica colonial, y caracterizadas por una actitud más comprensiva hacia España, lo cual se ve con toda claridad en el libro de Edward Gaylord Bourne, *Spain in America* (1904), que ejerció no poca influencia. Sin embargo, por razones que aquí no podemos exponer, en ese período no apareció más que un estudio cuyo tema central es la Ilustración en Hispanoamérica: el librito de Bernard Moses, *The Intellectual Background of the Independence Movement in Hispanic America*, estudio incompleto, como el propio Moses lo reconoció, a causa de la enfermedad de la vista que lo aquejaba.

Quizá por influencia contagiosa de los campos más viejos de la historia, en los cuales se ha hecho sentir, desde hace ya algún tiempo, una creciente preocupación por los problemas culturales e intelectuales, estos aspectos de la historia latinoamericana han merecido atención en los Estados Unidos, desde 1930 aproximadamente, de parte de un grupo pequeño pero que cada vez aumenta en número. Varios investigadores de este grupo se han ocupado de distintas fases de la Ilustración en Hispanoamérica, particularmente de las relativas a la educación, a las ciencias y al fomento de los conocimientos útiles. Los estudios más valiosos que se han llevado a cabo en este terreno son los de John Tate Lanning, realizados, en parte, en conexión con sus investigaciones sobre las universidades de la época colonial hispanoamericana, para las cuales se basa en una fuente de nueva especie: las tesis manuscritas que se conservan en grandes cantidades en los archivos de diversas universidades hispanoamericanas, y que no han sido consultadas por historiadores anteriores a él. Ahora (1954) está en prensa un libro suyo sobre la historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala durante el período colonial, y otro sobre la Ilustración en Guatemala. Yo he tenido el privilegio de leer estas dos investigaciones en manuscrito, y abrigo la segu-

ridad de que inmediatamente pasarán a ocupar un sitio de libros clásicos en el campo de la historia a que se refiere este artículo.

En 1942 colaboró Lanning con varios otros historiadores (entre ellos yo, como editor) en un volumen de ensayos titulado *Latin America and the Enlightenment*.¹⁰ Que yo sepa, fue éste el primer estudio de conjunto que apareció sobre ese período, y hasta hoy sigue siendo el único. Exceptuando un ensayo acerca del Brasil, el volumen se ocupa en gran medida de la América española. La idea en que todos los colaboradores coincidieron queda resumida así en la "conclusión provisional" de Lanning: "...prácticamente todos los aspectos de la actitud convencional hacia la Ilustración hispanoamericana deben someterse a un cuidadoso escrutinio y, en la mayoría de los casos, a una revisión a fondo".

Esta revisión a fondo, como lo habrán demostrado las páginas anteriores, está ya ahora en buen camino. Sin embargo, mucho es todavía lo que queda por hacer. Los historiadores de la fase hispanoamericana de la Ilustración están aún muy retrasados con relación a los de su fase europea, y aún no han sacado todo el partido que es posible sacar de las contribuciones a un estudio equilibrado y justo del asunto escritas por historiadores de la fase europea como Cassirer, Becker y Hazard. Así, el interesante libro de Antonelli Gerbi, *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo* (3a. edición, Lima, 1946), parece haberse considerado en ciertos sectores como una contribución importante a nuestro tema, cuando en realidad la significación principal de las polémicas a que se refiere ese libro está en el terreno de la historia política y no en el de la intelectual, además de que el corifeo de la polémica en Europa, De Pauw, fue en la Ilustración una figura muy de segunda fila. Sin embargo, el libro de Antonelli Gerbi parece demostrar que la controversia despertó gran interés en Hispanoamérica (un interés mucho mayor que en Europa); y este

¹⁰ Los otros colaboradores fueron R. D. Hussey, Harry Bernstein, Alexander Marchant y A. S. Aiton. Federico de Onís escribió la introducción.

hecho suscita toda una serie de cuestiones acerca del grado de similitud entre las fases europea e hispanoamericana de la Ilustración, a las cuales no se ha dado todavía una respuesta decisiva.

De la misma manera, a pesar de lo mucho que en los últimos años se nos ha dicho acerca de la forma en que se transmitió a Hispanoamérica la Ilustración con sus distintos aspectos, todavía nos hace falta saber muchas otras cosas sobre ese tema, así como sobre la acogida —amistosa u hostil— que aquí se le dispensó, problema éste cuya complejidad, en vez de disminuir, se ha acrecentado en vista de algunas de las principales investigaciones de los últimos años de que hemos dado cuenta en las páginas anteriores. Finalmente, aunque es cierto que algo han conseguido los esfuerzos por emancipar a la fase hispanoamericana de la Ilustración de su servidumbre teleológica a las guerras de independencia, debemos reconocer que ni siquiera este indispensable requisito previo para su estudio adecuado se ha llevado a cabo por completo.¹¹

Arthur P. WHITAKER.

University of Pennsylvania,
Pennsylvania, U. S. A.

¹¹ Cuando este trabajo fue discutido en el X Congreso Internacional de Ciencias Históricas mencionado en la nota 1, el autor inició la discusión con una breve declaración relativa a ciertas publicaciones importantes que habían merecido su atención desde la terminación del trabajo en 1954. Además del libro por Jean Sarrailh mencionado arriba en la nota 4, las publicaciones discutidas en este informe fueron: LUIS SÁNCHEZ AGESTA, *El pensamiento político del despotismo ilustrado* (Madrid, 1953), y PETER GAY, "The Enlightenment in the History of Political Theory", *Political Science Quarterly*, L XIX, N^o 3 (Septiembre, 1954), 374-389.